



∞ 1 ∞

«La locura, a veces, no es otra cosa
que la razón presentada bajo diferente forma».

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

El sol reinaba dominante en el cielo.

Observé como una suave brisa rozaba las ramas de un alto árbol, como sus hojas caían y luego volaban con el viento, y deseé ser como esas hojas. A pesar de que había una ventana que me separaba del exterior, casi podía oler la naturaleza y sentir el viento sobre mi piel. Suspiré, descansando la barbilla en mis dos manos mientras seguía mirando por la ventana.

—Señorita Dupont.

Escuchar mi apellido me sacó de mi ensimismamiento y me di cuenta de que la profesora Harris estaba de pie a mi lado, muy cerca de mi silla, con los brazos cruzados. Una cola alta perfecta sostenía su cabello castaño; era, sin duda, una mujer muy elegante. Sus ojos color avellana destilaban molestia, no se veía contenta. Levantó una ceja y preguntó:

—¿Le parece que ese árbol es más interesante que mi clase? —En realidad sí, pero nunca lo diría en voz alta, no quería problemas.

—Le pido disculpas, señora Harris. No era mi intención faltarle al respeto de ninguna manera —contesté educadamente.

La señora Harris regresó a su escritorio, murmurando algo, molesta. A simple vista, este lugar parecía un internado común y corriente, pero no lo era. El Instituto Marshall era un psiquiátrico experimental cuyos pacientes eran en su mayoría jóvenes que sufrían algún tipo de trastorno. Las distintas plantas del edificio estaban categorizadas por niveles que separaban los trastornos ligeros de los medios y los graves.

Los pacientes del primer piso podíamos asistir a unas cuantas clases regulares y generales en un intento de evitar retrasos académicos y de brindarnos cierto aire de normalidad. También nos daba algo que hacer, algo en lo que



entretenernos en este solitario y aislado lugar. Ni siquiera sabía que existían sitios así hasta que mis abuelos me propusieron que viniera aquí tres semanas atrás.

¿Por qué? Porque mis padres ya no estaban, ellos y mi hermana menor fueron asesinados a sangre fría hace dos meses. No podía recordar esa noche, todo era borroso y confuso cuando intentaba hacerlo. El asesino me drogó y me convirtió en un testigo inútil, sin recuerdos. No recordar no hacía que lo sucedido fuera menos doloroso o más fácil de superar.

Una semana después de aquella terrible noche, mis abuelos decidieron enviarme aquí. Creo que no estaban preparados para lidiar conmigo, una joven adulta de dieciocho años diagnosticada de trastorno por estrés postraumático, depresión clínica con ataques de pánico y tendencias suicidas. Temían por mi vida. Además, estaba segura de que les recordaba a mis padres. Comprendía su dolor.

—Flor —susurró una voz suave detrás de mí.

Giré la mitad de mi cuerpo hacia ella.

—Te dije que mi nombre se pronuncia Fleur, no Flor —respondí a Dana, la única amiga que había hecho hasta ahora.

—Me gusta más Flor —dijo pronunciando mal mi verdadero nombre.

—Sí, pero... —Suspiré—. Olvídalo, ¿qué quieres?

—Necesito tu ayuda... —Se pasó los dedos por su pelo rojizo—. Con mi francés. Tengo una prueba mañana. —Hizo un puchero, parpadeando, tratando de convencerme.

Dana no me había dicho las razones por las que estaba aquí, pero no era necesario. Había notado su delgada figura y había visto a las vigilantes de la puerta del baño entrar tras ella para vigilarla. Aún recordaba que mi corazón se había hundido cuando descubrí que sufría un trastorno alimenticio. Estaba siguiendo un régimen estricto de alimentación, medicación y psicoterapia. El día que llegué, ella acababa de ser transferida del segundo piso al primero, al parecer estaba mejorando y eso era un comienzo.

Sí, podía ayudarla, el francés era mi lengua materna; nací en una tranquila provincia del norte de Francia. Mi familia y yo habíamos vivido allí hasta que mi padre se enemistó con algunas personas debido a su trabajo. Era abogado y había enviado a la cárcel a algunos delincuentes, que luego decidieron vengarse y comenzar a amenazarlo.

Así que mi padre pensó que era mejor que nos mudáramos y nos vinimos a Canadá, donde viven mis abuelos. Papá compró una preciosa cabaña en las montañas, pero unos meses más tarde un asesino entró y mató a toda mi familia, menos a mí. La policía descartó que fuera un mercenario. Dijeron

que se trataba de un asesino en serie que ya había matado a cuatro familias antes de la mía y que estaban haciendo todo lo posible por dar con él y arrestarlo. No sabían por qué nos había escogido, aún no habían descifrado su patrón. Dijeron que yo tenía suerte de haber sobrevivido, pero afortunada era lo último que me sentía.

—¿Flor? —La voz de Dana me sacó de mis pensamientos.

—Bien, voy a ver qué puedo hacer. Nos vemos después de la clase. —Fingí una sonrisa, había olvidado por completo cómo era sonreír de verdad.

—Señorita Dupont. —La señora Harris me llamó. Inmediatamente, la miré—. ¿Puede decirme cuál es la tercera etapa del duelo?

—Fase de negociación —respondí enseguida. Sabía que se había dado cuenta de que no estaba prestando atención y por eso me había preguntado.

—Bien. Bueno, eso es todo por hoy. Espero que tengan un gran día. Pueden salir. —Todo el mundo en el aula comenzó a recoger sus cosas—. Señorita Dupont, acérquese un momento.

Me sorprendió su petición, pero me limité a asentir y caminé hacia su escritorio.

—¿Ocurre algo, señora Harris?

—Me han informado de que no fue a su cita con el psicólogo ayer ni tampoco a la terapia grupal.

Oh..., eso.

—Con el debido respeto, señora Harris, no creo que lo necesite.

—Me temo que en estos momentos es justo lo que más necesita. Ha perdido a su familia de forma muy traumática y tenemos que asegurarnos de que sigue el tratamiento adecuado para que consiga recuperarse lo mejor posible.

—No estoy loca.

—No estoy diciendo que lo esté, pero el psicólogo y la terapia grupal pueden ayudarle.

—El psicólogo es un desconocido y ese grupo es deprimente.

—Él es un experto en su área de estudio. Solo dele una oportunidad, hágalo por su familia.

No quería seguir viendo al psicólogo. No me gustaba hablar de mis padres, era demasiado doloroso.

—No puedo.

—Fleur, no soy su enemiga, pero si sigue faltando a sus citas terapéuticas, le trasladarán al segundo piso, donde no tendrá la libertad que tiene aquí y la llevarán obligada a terapia. ¿Quiere eso?



—No —respondí con sinceridad—. De acuerdo, señora Harris. No faltaré a mi próxima cita.

No valía la pena discutir, ya no estaría aquí para mi próxima cita. «Ya me habré ido», pensé con tranquilidad.

—Bien, puede irse —dijo ella mirándome a través de sus gafas.

Salí de la clase y me dirigí hacia la derecha por un largo pasillo. Una multitud de mujeres estaba invadiendo el lugar. Este edificio era para las mujeres; para evitar que nos mezcláramos, los hombres estaban en otro lado. Ya era suficientemente complicado tener una institución llena de jóvenes recuperando su salud mental.

Nuestro uniforme consistía en unos pantalones azules de tela y una camisa del mismo color con una etiqueta en la parte izquierda del pecho con nuestro nombre y número de paciente. Sí, nuestro uniforme no era sexy ni bonito, ¿qué puedo decir? Era un psiquiátrico. A veces, me sentía como si estuviera en una prisión. Sostuve los libros contra el pecho mientras me dirigía a mi habitación. Cuando llegué a la puerta, entré y la cerré tras de mí. Descansé un instante mi cuerpo sobre ella y luego di unos pasos hasta colocarme delante del espejo.

La chica que vi en él parecía una zombi. Tenía ojeras y su piel carecía de brillo o suavidad. El cabello rubio le caía en cascadas por la espalda, hasta por debajo de los hombros, y sus ojos azul oscuro me miraron con mucha tristeza.

«¿Dónde está la chica alegre que una vez fui? Se ha ido», suspiré.

El día había pasado. Me giré y me dirigí a la cama, donde me senté a esperar la noche.

Después de unas horas, la oscuridad comenzó a inundar toda la habitación. Miré el reloj. Eran las 7.10 p. m. Salí con cuidado, mirando a ambas direcciones en el pasillo, y caminé lentamente hacia las escaleras. Sabía que la vigilante del edificio de las chicas no estaba allí porque había memorizado su rutina. Esa era la hora de cambio de guardia. Tenía cinco minutos antes de que llegara la vigilante de la noche.

El primer piso no tenía tanta seguridad como el segundo y el tercero. Las escaleras de dentro del edificio estaban altamente custodiadas a partir del segundo y del tercer piso. Pero las escaleras de emergencia, situadas en el exterior, debían permanecer libres de obstáculos y personas por ley, así que, mientras cambiaban de guardia, contaba con algunos segundos para llegar a ellas y subir hasta la azotea. Tan pronto como llegué allí, el viento echó hacia





atrás mi pelo con violencia. La noche era muy fría, como de costumbre. Me ajusté la chaqueta al cuerpo, tratando de no quedarme helada.

La vista del bosque oscuro que rodeaba los edificios del psiquiátrico daba un poco de miedo; la luz de la ciudad parecía estar muy lejos. Respiré hondo, llenando mis pulmones de aire, y luego exhalé despacio. El momento había llegado.

En una noche fría de abril decidí terminar con mi existencia.

La vida ya no tenía sentido, carecía de motivos para seguir adelante. Para algunos estaba escogiendo el camino más fácil. Pero esta no era una decisión impulsiva o una que no hubiera intentado evitar. Durante tres semanas, había luchado por encontrar una razón para continuar y, lamentablemente, nada había funcionado.

«No puedo respirar, no lo merezco».

Mi familia había sido asesinada a sangre fría, y aunque no pudiera recordar esa trágica noche, cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era sangre; cada vez que veía una pareja, recordaba a mis padres, y cuando escuchaba una risa infantil, recordaba a mi hermana pequeña. Ah, y las pesadillas... eran horribles. Nadie podía culparme por rendirme. Esta era mi única opción.

Mi desesperada decisión.

Las piernas me temblaban mientras me subía a la barandilla y echaba un vistazo abajo. La sensación del vacío frente a mí me hizo morderme los labios con nerviosismo.

«Está tan alto».

Por un momento, me congelé; el miedo tensaba todos mis músculos. La brisa fría revolvía mi cabello y lo empujaba a un lado. Sin embargo, esa sensación fue reemplazada por el alivio que me producía pensar que todo iba a acabar pronto. El mundo se había vuelto asfixiante para mí. Mis ojos llenos de lágrimas miraron al cielo. Me gustaba pensar que mi familia estaba allá arriba, esperándome; ese era mi único consuelo.

—Lo siento, mamá. Lo siento, papá. —Me falló la voz—. Lo intenté, de verdad que lo intenté —dije al aire. Unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Solo tenía que dejarme caer y todo habría terminado. Respiré hondo y cerré los ojos.

—Salta. —Dejé de respirar cuando oí una voz masculina a mi lado—. ¿A qué estás esperando? —Abrí los ojos y giré la cabeza hacia donde procedía esa voz.

Había un chico con una sudadera negra apoyado en la barandilla. No podía ver su rostro porque lo ocultaba con la capucha de la sudadera, pero noté un cigarrillo en su mano derecha y vi cómo se lo llevaba a la boca y le daba una calada.





—Nadie va a venir a detenerte, si eso es lo que estás esperando. —En su voz no se percibía preocupación alguna; era fría e indiferente. Exhaló el humo dejándome ver sus labios por un segundo, pero inmediatamente su rostro volvió a las sombras de la capucha.

—No quiero que nadie me detenga —dije mientras miraba al frente, tratando de ignorarlo.

—Tictac, tictac, date prisa y salta.

Le eché un vistazo, seguía fumando.

—¿Podrías irte? —pregunté, molesta.

—No.

—Me gustaría tener un poco de privacidad el día de mi muerte. —Lo miré una vez más, pero permaneció impasible.

—Imagina que no estoy aquí.—Exhaló el humo lentamente.

—No tendría que imaginar nada si me dejaras en paz.

—Te lo he dicho, no pienso irme. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó aplastándolo con el pie—. Deberías darte prisa.

—Vete.

—No.

Apreté los puños.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero. —Suspiré con frustración—. ¿Quieres que te dé un empujón?

—No, quiero que te vayas.

—Date prisa.

—¡Voy a morir cuando yo lo decida, no cuando tú lo digas!

—Claro. —Giró su rostro en mi dirección y, por un segundo, pude ver un par de ojos grises fascinantes a través de la oscuridad de la capucha—. Los cobardes no entrarán en el reino de los cielos, ¿no has oído eso? —Apartó la mirada, dejándome intrigada—. Salta.

La ira me recorrió el cuerpo.

«¡Este chico va a escucharme!». Me bajé de la barandilla y me volví hacia él, pero ya no estaba; se había ido. Busqué a mi alrededor tratando de encontrarlo y no había señales de él.

—¿Señorita? —Era la vigilante, que me miraba con desaprobación a cierta distancia—. Aléjese de la barandilla, ¡ahora!

—Oh, yo...

—No puede estar aquí, está absolutamente prohibido, sobre todo para usted. —Sabía que se refería a mi diagnóstico, era hora de hacerme la tonta.



—Oh, no tenía ni idea, de verdad, lo siento, solo quería respirar un poco de aire fresco.

—Como si fuera a creerla. Váyase a su habitación, ahora.

Asentí y corrí hacia las escaleras rápidamente. Tuve la suerte de que la vigilante estuviera de buen humor esa noche; de lo contrario, podría informar a la directora del psiquiátrico y yo estaría en problemas. Lo último que quería eran informes negativos que hicieran que me trasladaran al segundo piso.

Mientras caminaba por el pasillo hacia mi habitación, recordé al chico molesto de la azotea. ¿Quién era? ¿Y qué estaba haciendo en la azotea del edificio de las chicas? Lo más sorprendente era su actitud. No había tratado de detenerme como habría hecho la gente normal. De hecho, ¡me había incitado a saltar! Mi curiosidad hizo que no dejara de hacerme preguntas sobre él.

Entré en mi habitación y cerré la puerta tras de mí. Mi plan había fracasado. La frustración de no ser libre y estar con mis padres me hizo lanzar las almohadas por todo mi cuarto. Recordé al chico que me lo impidió y una mezcla de rabia me invadió.

«¿Quién eres, encapuchado?».